

CONTRASTES

Revista Internacional de Filosofía

Volumen IX (2004) • ISSN: 1136-4076

SUMARIO

ESTUDIOS

<i>Luis Álvarez Colín</i>	La hermenéutica analógica: aportación fundamental de la filosofía mexicana	5-26
<i>Mauricio Beuchot</i>	Los pitagóricos y la analogía. La visión de María Zambrano	27-40
<i>José Calvo González</i>	Jan Patočka y la Carta 77. Antropología fenomenológica crítica y activismo de los derechos humanos	41-58
<i>Sixto J. Castro</i>	Una teoría moral del arte. Moralismo moderado, epistémico y sistémico	59-76
<i>Juan A. García González</i>	Teorías y actitudes escépticas en la Antigüedad	77-94
<i>H. C. Felipe Mansilla</i>	Apuntes críticos sobre el postmodernismo y teorías afines	95-106
<i>Cristina Márquez Rodilla</i>	En torno a los avatares del placer virtual	107-122
<i>Pascual F. Martínez Freire</i>	Psicología y materialismo	123-142
<i>José Rubio Carracedo</i>	Por una ética transcultural	143-160

NOTAS CRÍTICAS

<i>Antonio Gallardo Cervantes</i>	Lévinas frente a la modernidad	161-174
<i>Luis Puelles Romero</i>	En torno a la existencia de una estética nietzscheana	175-184

TRADUCCIÓN CRÍTICA

<i>Maurice Merleau-Ponty</i>	Prólogo a la <i>Fenomenología de la percepción</i> (Presentación, traducción y apéndice de Benito Arias García)	185-212
------------------------------	--	---------

INFORME BIBLIOGRÁFICO

<i>Ángel Ramírez Medina</i>	Bibliografía sobre Albert Camus	213-236
-----------------------------	---------------------------------	---------

RESEÑAS		237-250
---------	--	---------

LIBROS RECIBIDOS		251-252
------------------	--	---------

FONDO EDITORIAL <i>Contrastes</i>		253-270
-----------------------------------	--	---------

Los pitagóricos y la analogía. La visión de María Zambrano

MAURICIO BEUCHOT

Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

El artículo versa sobre un aspecto muy interesante y poco tratado de la filósofa española María Zambrano, que es su relación con el pensamiento órfico-pitagórico. Ella llega a definirse como órfico-pitagórica de alguna manera, pues da mucha importancia a la figura de Orfeo, que hizo un viaje a los infiernos, y que ella interpreta como algo que se debe hacer en la propia vida para poder salir de ese estado y ascender a uno más promisorio.

PALABRAS CLAVE

ZAMBRANO, ANALOGÍA, ÓRFICOS, PITAGÓRICOS

ABSTRACT

The article deals with an important and neglected aspect of the spanish philosopher María Zambrano, which is her relation with the orfico-pythagorean thinking. She defines herself as orfico-pythagorean in some extent, because she adscribes great importance to the figure of Orphaeus, who made a trip to the hells, and she interprets it as something to be done in our own life in order to get out of that inferior state and to ascent to a better one in the line of spirit.

KEYWORDS

ZAMBRANO, ANALOGY, ORPHICS, PITAGORICS

I. INTRODUCCIÓN

EN ESTE TRABAJO DESEO REFLEXIONAR ACERCA de la creación y la utilización del concepto de la analogía por parte de los antiguos pitagóricos. Para ello atenderé a algunas de las características que se han adjudicado a esta escuela, y después los consideraré a la luz de la interpretación que de ellas hace María Zambrano. El ejercicio me resulta ilustrativo, porque ella misma se consideró

pitagórica, tuvo muy presente esta escuela y además la aplicó a sus disquisiciones filosóficas.¹ De manera que no sólo los estudió, sino que los aprovechó para filosofar de manera viva.

Me llama la atención el que Zambrano aluda a la utilización que los pitagóricos hacen de la analogía o proporcionalidad del lado de la música: como armonía, melodía, etc. Eso indica que la analogía tiene un aspecto de orden, cosmos o armonía que es indudable. Pero se trata de una armonía no simple, sino compleja, que abarca numerosos niveles de la realidad: desde el estético, pasando por el ético, hasta llegar al ontológico. Es lo que trataré de explorar. Primero haré un resumen de esas características de la escuela pitagórica, según las reporta el gran historiador de la filosofía griega Léon Robin, para pasar después a la interpretación que de esta escuela hace, llena de mística y poesía, María Zambrano.

II. EL LEGADO PITAGÓRICO

Según nos dice Robin, Pitágoras se estableció en la Magna Grecia, es decir, en la parte sur de Italia, proveniente de la isla de Samos;² esto es, venía de Jonia, por lo cual la escuela pitagórica embona con los jonios, fisiólogos iniciadores de la labor filosófica, como los milesios. Pero el desempeño de los pitagóricos va más allá de la cosmología y llega a la metafísica u ontología, vistos por el mismo Aristóteles como buscadores de la causa formal, de la forma, en la línea que heredará Platón.

Hubo varias generaciones de pitagóricos, pudiendo hablarse de una época antigua (ss. V-IV aC), que es la que más nos importa, y una tardía, o neopitagórica, que antecede al neoplatonismo y luego coincide o convive con él (desde el siglo I aC hasta el I dC).

La escuela, que era más bien una secta, se relaciona con los ritos órficos, de modo que recibe muchas de sus doctrinas y las desarrolla. El propio Pitágoras está envuelto en la leyenda. Se decía que era hijo de Apolo o de Hermes, y, al igual que Orfeo, había bajado a los infiernos.³ Se le atribuyeron maestros fabulosos, como Abaris *el hiperbóreo*, sacerdote de Apolo. Herodoto asocia

1 Cf. J. F. Ortega Muñoz, «Encuadramiento órfico-pitagórico de la filosofía zambraniana», en *Philosophica Malacitana*, Número monográfico dedicado a María Zambrano, Málaga: Universidad de Málaga, vol. IV (1991), pp. 197-214. Cf. también R. Rius Gatell, «Del pitagorismo a Aristóteles: a hombros de M. Zambrano», en C. Revilla (ed.), *Claves de la razón práctica*, Madrid: Trotta, 1998, pp. 99-110.

2 Cf. L. Robin, *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico*, México: UTEHA, 1962, p. 48.

3 *Ibidem*.

al pitagorismo con la religión y la magia egipcias. Además, se le adjudican diversos viajes, como a Persia, donde vio al mago Zaratras, «y hasta al país de los druidas de la Galia».⁴

Era una secta notable, distinta de las otras, pues, como señala Robin, en ella se admitían mujeres y extranjeros, cosa que no era usual. Aristóteles menciona una descripción que se hacía del fundador: «Hay una especie de animal racional que es el dios; otra, es el hombre; Pitágoras es un ejemplo de la tercera». Comenta Robin: «Es decir, es uno de aquellos hombres inspirados y demoníacos que son intermediarios entre el orden divino y el humano».⁵

Según se ha dicho, el pitagorismo se relacionaba con el orfismo. Este último estaba vinculado a Dioniso. Eso lo heredaron los pitagóricos mismos, y lo combinaban con el culto a Apolo: «Si entre los pitagóricos predomina, en cambio, el apolinismo, está mezclado en realidad con el hiperboreísmo».⁶ El orfismo tenía ritos de purificación para liberar, mediante el éxtasis, al alma del cuerpo, a fin de protegerla de los peligros que le esperaban en el Hades. Por eso Pitágoras, a quien se atribuye la invención de la palabra *filosofía*, consideraba esta actividad de pensamiento no sólo como teórica, sino también como práctica (moral y religiosa o mística). Había novicios, o exotéricos, e iniciados o esotéricos, y acusmáticos u hombres de fe y matemáticos u hombres de ciencia (Robin piensa que esta división obedeció a un cisma). En todo caso, compartían los dichos fundamentales, que eran sus *symbola*, por los que se reconocían como de la secta: «¿Qué es lo más sabio? –El Número. ¿Qué es lo más hermoso? –La Armonía. En estos dos artículos del catecismo de los acusmáticos están místicamente enunciados los dos conceptos dominantes de la doctrina pitagórica».⁷

Y es que algo muy importante en la secta era el estudio de la aritmética, la geometría y la música, que constituían la matemática de entonces. Se buscaba la armonía mediante la música; y, así como el número constituye el acorde musical, por analogía, puede constituir otras cosas e incluso todas las cosas. Se definía la armonía (quizá por Filolao, discípulo directo de Pitágoras) como: «la unificación de lo múltiple compuesto y la concordancia de lo discordante».⁸ Esto es importante, porque se trata de la armonía de los contrarios o *coincidentia oppositorum*. «La oposición fundamental es la de lo Ilimitado y el Límite. Después vienen, dependiendo respectivamente de estos primeros términos, lo Par

4 *Ibid.*, p. 49.

5 *Ibid.*, p. 50.

6 *Ibid.*, p. 51.

7 *Ibid.*, p. 54.

8 Filolao, fragmento B 10, en H. Diels – W. Kranz, *Die fragmente der Vorsokratiker*, Dublin-Zürich: Weidmann, 1966 (12a. ed.), t. I, p. 410.

y lo *Impar*, lo *Múltiple* y lo *Uno*».⁹ Es decir, en primer lugar está la oposición de lo ilimitado y el límite. Esto significa que el límite es el dador de formas, lo que conforma, lo que informa a eso ilimitado que es la materia. Asimismo, lo impar será límite, frente a lo par, que se distiende, se bifurca sin término; en cambio, lo impar frena, no deja lugar al desdoblamiento, al despliegue. También el uno es límite frente a lo múltiple, que es lo ilimitado. En general, «los números son causas de las cosas por ser los límites o los términos (*horoi*) que las definen, de igual manera que los puntos determinan las figuras».¹⁰ También la recta, junto con el límite y lo impar, es de las cosas que limitan. Como se ve, era una filosofía u ontología del límite, como se verá en la misma Zambrano y, además, en Eugenio Trías.

Emblemas místicos de los pitagóricos eran el *Tetraktys* y el *Pentalfa*. El *tetraktys* es el más sencillo, y consta de la serie de los cuatro primeros números cuya suma es 10 y es representado con el triángulo decádico. El *pentalfa* es más complejo y está constituido por 6 pentágonos.

Fueron grandes estudiosos y aplicadores de la analogía o proporcionalidad, tanto en la aritmética como en la geometría y en la música, pero también la trasladaron a la estética, la ética y aun a la ontología: «La consideración sobre los acordes musicales que, posiblemente, fue... el principio de la doctrina y, verosíblemente, también la meditación sobre el canon de la estatuaria, dieron ocasión a los pitagóricos para descubrir y estudiar las *medias* o *proporciones*: aritmética, geométrica y armónica».¹¹ Aplicaban esas relaciones numéricas o proporciones para descubrir qué tamaño debía tener la cuerda que daría tal o cual armonía, con lo cual conjeturaban y descubrían las cosas, realizando la utilización de la matemática para el descubrimiento científico.

La cosmología de los pitagóricos es oscura, pero algo se puede aclarar. El mundo es una armonía, por lo tanto es limitado, ha tenido comienzo. Resulta de la limitación o determinación de un espacio vacío indeterminado. Se había constituido por una aspiración del aire (*pneuma*) ilimitado, que está fuera del cielo, y al que le da la determinación un fuego central, que era llamado el hogar del universo, la sede de Zeus, o el punto de enlace. Es decir, es el punto de contacto de todas las cosas, lo que efectúa la coincidencia de los opuestos. El mundo es una especie de ser vivo, que evoluciona hacia su bien. «Pero esta evolución, lejos de ser un progreso sin fin, se acaba, al menos según Filolao, con el *año grande*, para volver a comenzar en seguida, perfectamente idéntica a ella misma».¹² Es el eterno retorno, que después aceptarán los estoicos.¹³

9 L. Robin, *op. cit.*, p. 56.

10 *Ibid.*, p. 57.

11 *Ibid.*, p. 59.

12 *Ibid.*, p. 61.

13 Cf. *ibid.*, nota 31.

Alrededor de ese fuego, que era el centro del cosmos, giraba la tierra, que era uno más de los planetas. Ese fuego central enviaba su luz al sol y a la luna, que lo reflejaban como espejos. Todas las esferas se movían, y, ya que los cuerpos, al moverse, emiten un sonido, las esferas emiten una armonía, que no detectamos porque siempre la hemos oído, y el sonido sólo se distingue por el silencio. Ese movimiento es eterno, por ser circular, y regresa siempre sobre sí mismo. Igualmente pasa con el alma, que es inmortal, y se mueve incesantemente.

Su antropología, pues, se centra en el alma, que vive en el cuerpo como en una cárcel. El cuerpo recibe del alma una armonía. De hecho, «la salud es el resultado del equilibrio (*isonomía*) y la mezcla proporcionada (*krasis*) de cualidades (*dynameis*)». ¹⁴ Se aplicaba la analogía del mundo con el cuerpo: tiene su principio en lo caliente (la matriz), que anhela ser templado por el frío; por eso atrae el aire exterior, para devolverlo por la respiración. El exceso o defecto de frío es el que produce las enfermedades. Vemos otra vez la armonía de los contrarios. «Sin embargo, en esta tesis hay algo más: el alma es, precisamente, este acuerdo, esta armonía del cuerpo. Se compara a éste como una lira, pero la oposición de lo caliente y de lo frío, etc., está sustituida en ella con la de lo agudo y lo grave; como contrarios, lo *tensan*; como correlativos, mantienen la unidad; si la tensión se afloja o se hace desmesurada, se desvanece el concierto y muere el alma aun antes de que se haya consumado la destrucción del cuerpo». ¹⁵

Pero, según otra versión, el alma es independiente del cuerpo, en el que habita como en una mazmorra o en una tumba (*soma = sema*). En efecto, como decía Cebes, discípulo de Filolao, es el alma la que se teje el cuerpo. De esta manera puede pasar a diversos cuerpos, de modo que, más que de *metempsícosis*, debería hablarse de *metensomatosis*. ¹⁶ Simias, otro discípulo de Filolao, decía que el alma era el principio del movimiento del cuerpo. Ambos pitagóricos aparecen en el *Fedón* de Platón. Al propio Filolao se le atribuía la tesis de que el alma es «lo que reviste al cuerpo del número y de una armonía inmortal e incorpórea». ¹⁷ Es decir, el alma es la que efectúa la armonía o proporción (esto es, la analogía) del cuerpo. Pero de inmediato añade que «el cuerpo es amado por el alma, porque sin él no puede usar de los sentidos». ¹⁸

¹⁴ *Ibid.*, pp. 63-64.

¹⁵ *Ibid.*, p. 64.

¹⁶ Según Walter Burkert, la idea de la inmortalidad es órfica, pero no la de la metempsícosis, que debe haber sido recibida por los pitagóricos de otras fuentes (*Lore and Science in Ancient Pythagoreanism*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1972, p. 126).

¹⁷ Filolao, fragmento B 22, en H. Diels – W. Kranz, *op. cit.*, t. I, p. 419.

¹⁸ *Ibidem*.

Pitágoras decía de sí mismo que era la quinta reencarnación de un hijo de Hermes, a quien su padre le había dado la facultad de recordar sus reencarnaciones, lo cual también había heredado él, Pitágoras. Por eso sabía de su descenso a los infiernos. Así como Orfeo, también Pitágoras había descendido a los infiernos. Ésta es una cosa a la que Zambrano dará mucha importancia, ya que el filósofo tiene que descender a los infiernos, para poder conocer el llanto y transformarlo en canto. El alma transmigraba, pues, de cuerpo en cuerpo (de hombres, animales e incluso plantas), hasta cumplir su purificación, y moría antes de que lo hiciera su última carne. Era una etapa de la palingenesia universal.

Se duda si los pitagóricos eran monoteístas, pues, dado su misticismo del número, tendían al uno, que sería una teología metafísica de un dios como causa trascendente, eficiente y organizadora (según los platónicos y Teofrasto); pero lo que hay en los fragmentos (de Filolao) habla más bien de que lo primero son el Número y la Armonía, y de que la Década determina la ley tanto de lo divino como de lo humano. (Lo divino sería, entonces, el límite.) Luego vendrían los dioses, que son los del politeísmo popular griego, acomodados por los pitagóricos a su moral, a su matemática y, en definitiva, a su metafísica. En efecto, iniciaron una metafísica, o, por lo menos, apuntaron a ella: «Fueron, sin duda, fisiólogos, pero por la forma en que lo fueron, tomando al número por principio de las cosas y buscando la ley suprema en una armonía de oposiciones nocionales, superaron, con mucho, la Física de la escuela de Mileto y establecieron los fundamentos de una Metafísica».¹⁹

Como se ve, los pitagóricos tuvieron su filosofía fuertemente anclada en la armonía, que era la proporción matemática; y ésta era la analogía (*ana-logía* significa pro-porción). Su ontología lo estuvo, pues todo dependía de la armonía o proporción entre los números, que determinaban a las cosas, dándoles una delimitación o límite. La analogía o proporción es límite. Y este límite se veía en la cosmología, pues el número y la armonía eran los que, a través del fuego central, daban al universo un orden (*kosmos*), cuya armonía se reflejaba en las esferas. El mismo mundo universo se repetía en conflagraciones o palingenesias en las que todo comenzaba, cada gran año, en un eterno retorno. Pero era un eterno retorno no de lo idéntico, sino de lo análogo, de lo que equivalía sólo proporcionalmente (y ahí está su grandeza y su diferencia con respecto al eterno retorno de los estoicos). En su teología, lo principal era el número, y luego venían los dioses, que tenían como paradigmas a Dioniso y a Apolo, que tenían que conjuntarse proporcionalmente, esto es, por la analogía. También se veía en la antropología filosófica, ya que el alma era la que daba la determinación

¹⁹ L. Robin, *op. cit.*, p. 67.

o forma al cuerpo que ocupaba, en la serie de las transmigraciones. La misma salud era vista como producto de la proporción. Igualmente, en la ética, la proporción o armonía daba una vida buena y constituía las virtudes, ya que la virtud es proporción, medida, límite en el uso de las cosas. Tal es la riqueza de la noción de analogía o proporción que debemos a los pitagóricos, y que de ellos pasa a Platón, a Aristóteles, etc.

II. LOS PITAGÓRICOS Y MARÍA ZAMBRANO

María Zambrano supo captar y destacar la idea de armonía en los pitagóricos. Era lo más central de su cosmovisión, y consistía en la proporcionalidad o analogía, esto es, en la mediación o fusión de contrarios. Y así considera a los pitagóricos, porque estuvieron a medio camino entre la religión y la filosofía, entre el *mythos* y el *logos*. Por eso Platón tuvo grandes dudas para aceptar la propuesta de éstos, aunque tomó mucho de ellos; pero, sobre todo, los desdeñó Aristóteles, e incluso los condenó, porque él había dado ya a la filosofía la forma de saber propiamente humano, sin referencia a lo divino.²⁰ Incluso los ve como anteriores al *logos*, centrados en el número: «Sus dones han sido: música y matemáticas, dos hijas del número, no de la palabra».²¹ Recuerda el dicho de la hermandad, uno de sus *symbola* o símbolos, que ya hemos mencionado: «¿Qué es lo más sabio? El Número; ¿Qué es lo más bello? La Armonía».²² Si el ser es *logos*, la filosofía puede existir; si es número, las cosas quedarían en esquema, descarnadas, descorporeizadas, el mundo sería un tejido de ritmos, de relaciones, y no de substancias. Pero aquí sólo deseo introducir una pequeña precisión. Nuestra filósofa parece olvidar que el número también es *logos*, pues éste es igualmente cierta medida o proporción. El *logos*, además de razón, también es proporción. Los *logoi* son razones y proporciones; de ahí que sean *aná-logoi*, análogos. Es el reino de la proporción. Y es, sin duda, el predominio de la relación, del esquema; pero de la relación entre substancias. No se excluyen tan radicalmente las substancias o esencias; sólo se supeditan a las relaciones, que son las que rigen y dan el contorno de todo. De hecho, la misma Zambrano acepta que el número también es cierto *logos*, no está desvinculado de él: «Número es medida, un género de razón. Heráclito entendió por ella toda la razón, sintió así el *logos*».²³ Y añade que también la música es medida y, por tanto, cierto *logos*: «Descubiertos los intervalos musicales y la ley de la

20 M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, cap. «La condenación aristotélica de los pitagóricos», México: FCE, 1973 (2ª. ed.), pp. 78-124.

21 *Ibid.*, p. 79.

22 *Ibid.*, p. 80.

23 *Ibid.*, p. 85.

intensidad del sonido en proporción con la longitud de la cuerda, apareció un *logos*, una razón». ²⁴ Se trata, empero, de una razón que es proporción, medida proporcional, aproximada y conjetural.

Nos recuerda Zambrano que los pitagóricos descubrieron y adoraron las matemáticas, artes del número, y la música, arte del tiempo. Sobre ello comenta: «Espacio y tiempo son categorías últimas del universo mirado por el hombre. Y aun se podría añadir que se han dividido la atención de los mortales, divididos y aun escindidos, a su vez, en dos categorías: los fascinados por el espacio y los atraídos por el tiempo. No es de extrañar, por tanto, que, al imaginar dioses o al pensar lo divino, se haya hecho guiado por el espacio o atraído por el tiempo...». ²⁵ Sin duda que el dios de los pitagóricos, en caso de que hubieran llegado a él, sería el tiempo o, por lo menos, un dios temporal. El tiempo llama a la memoria, a la reminiscencia, y es un saber del alma. De ahí el cuidado en la purificación, por las serie casi inacabable de las reencarnaciones. Cronos era el tiempo que devoraba a sus hijos, que todo lo devora. Cronos era padre del silencio y de la música, racionalizada por el número; Cronos era, pues, padre de los números y de la música. Pero Cronos fue vencido por Orfeo, y tal vez por eso Pitágoras repetía las hazañas de este último. Orfeo había vencido a Cronos con el encanto mágico del número sagrado. Comenta Zambrano: «Y el canto y la lira —armonía que es razón, pero también y siempre evocación— otra acción mágica, atraedora de almas, de recuerdos. La música es la diosa que sirve a la memoria. Es coherente también en este punto la leyenda de Pitágoras que le atribuye una prodigiosa, sobrehumana, memoria. La música nació para vencer el tiempo y la muerte, su seguidora». ²⁶ De hecho, la música era usada para las purificaciones del alma, y así el alma era preservada de malas reencarnaciones. El alma era inmortal, y esa inmortalidad del alma era al menos parcial, formaba parte del eterno retorno, del cual hemos visto que los pitagóricos fueron los inventores, antes que los estoicos (y de estos últimos parece haberlo tomado Nietzsche, porque en él era un eterno retorno de lo mismo, mientras que en los pitagóricos era un eterno retorno de lo análogo, de lo proporcionalmente semejante, lo cual me parece mejor).

María Zambrano habla de su orfismo y pitagorismo así: «La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser en modo alguno, atribuida a Ortega». ²⁷ De esa manera —señala— encontró la razón poética, que es la que podía salvar a la filosofía de las trampas que le

²⁴ *Ibid.*, p. 110.

²⁵ *Ibid.*, p. 82.

²⁶ *Ibid.*, p. 84.

²⁷ M. Zambrano, *De la aurora*. Madrid: Turner, 1986, p. 123. (Citado por J. F. Ortega Muñoz, *loc. cit.*, p. 201.)

había puesto la misma razón. También le hizo ver que la metafísica entronca con la mística. Además, Zambrano veía su condición órfico-pitagórica ante todo como un descender a los infiernos. Pero, ¿cuáles son estos infiernos? ¿Cuál es el infierno fundamental? Parece que el del tiempo; y, por tanto, el del pensamiento de la muerte. Nos dice: «Lo que se revela y se hace accesible por la música son los infiernos del tiempo de la naturaleza, del alma entre la vida y la muerte, que hubo de atravesar para saberse a sí misma y ponerse a salvo. El simple sentir el tiempo es ya infernal. El número lo reduce, lo racionaliza. Cuando estamos presos del sentir del tiempo, contar es una actividad aplacatoria, una especie de rito. El horror del tiempo se aplaca primeramente por la monotonía».²⁸

Para los pitagóricos, el *logos* era una razón sagrada, no pensaban tanto en un método cuanto en un testimonio: «Los pensadores de inspiración pitagórica, del *logos* del número –del tiempo– no se encuentran obligados a dar un método, un camino de razones; acuñan aforismos, frases musicales, equivalentes a melodías o cadencias perfectas que penetran en la memoria o la despiertan; ‘acuérdate’ o para que te ‘acuerdes’ parecen decirnos... o hacen ‘catecismos’ o ‘manuales’ porque el método que ofrecen no es sólo de la mente sino de la vida; la vida toda es camino de sabiduría, la vida misma».²⁹ Esto significa que la música, la melodía, la armonía, la proporción, mueven al aforismo, al fragmento, precisamente porque la proporcionalidad nos hace ver el todo en el fragmento, un saber fragmentario que apunta a un todo, a un sistema, pero sólo de manera proporcional, aproximada. Memoria o *anamnesia*, más que futurición. Y la no exigencia de método se parece a lo que pide Gadamer para la hermenéutica. No tiene recetas metodológicas, sino perspectivas por las que se va haciendo vida, tal como se hace vida y carne propia la virtud, es la adquisición de la virtud, la formación de ella.

Además, el *logos* pitagórico es un *ana-logos*, una razón que no se queda fija en la simple identidad, ni tampoco se desboca en la compleja diferencia, abarca la dinámica proporción, la fusión proporcional de los opuestos: «Mientras, el *logos* del número descubre, en Heráclito, la armonía de los contrarios, la ‘no-identidad’. Así, no habrá de serles sustraída después a las cosas que no sustentan esta no-identidad. Es un universo no plástico, integrado por el tiempo; la concreción de las cosas será siempre precaria, y en realidad imposible. Lo que exista serán movimientos, ya sean acordados o bien sueltos. Cuando se acuerdan, es el ser; una integración transitoria. Aquí, el ser no vence al tiempo».³⁰ Es lo que deseaba Heidegger, que el ser no venza al tiempo, sino

28 M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 84.

29 *Ibid.*, p. 86.

30 *Ibid.*, p. 88.

que esté en él, que se reconozca en él, que se sepa como inmerso en el tiempo, en la temporalidad. Pero es una pugna de los contrarios y una fusión de los mismos que no lleva a la destrucción de ninguno de ellos; los hace vivir por la tensión y de la tensión, lo cual es el sentido de la dialéctica presocrática (la de los pitagóricos y de Heráclito), anterior a la moderna (hegeliana y marxista): «No hay en ella un proceso asimilador de contrarios, una síntesis que salve la contradicción, sino que ésta permanece en equilibrio, donde los contrarios están presentes en su irreductible y desnuda realidad irredenta».³¹

El contexto analógico o proporcional, equilibrado, de los pitagóricos les hace poner en esa dialéctica a los opuestos, y, en primer lugar, a lo ilimitado y lo limitado: «Todo viene de 'lo limitado y lo ilimitado', habían dicho los pitagóricos. Las cosas constituidas por números no serían en realidad 'cosas' –sustancias–, pues hacen referencia unas a otras. Según el *logos* del número, todas las cosas estarían bajo la categoría de 'relación', en esencial alteridad, por tanto; nunca en sí mismas. El universo integrado por números es movimiento incesante, sin punto de reposo, siendo siempre 'lo otro'; sin ese reposo en sí misma que es la sustancia; punto de partida y de llegada del devenir. Aristóteles salvó la realidad de las cosas de este mundo, limitándolo y encerrando cada cosa en sí misma en cuanto es posible, rescatándola de la alteridad».³² Tal es la mentalidad analógica de los pitagóricos, pero creo que Aristóteles la recibe bien: la analogía es devenir en el reposo y reposo en el devenir, no puro reposo ni puro devenir, que eso es inexistente, como una estructura sin contenido, como una relación sin sustancia. Es cierto que no hay que «sustancializar» en exceso las cosas, pero tampoco hay que «relativizarlas» demasiado. Precisamente, la analogía es llegar a un equilibrio, en el que, sin embargo, predominará el devenir sobre la esencia, la relación sobre la sustancia, así como en la analogía, que es cierta semejanza, predomina la diferencia sobre la identidad.

María Zambrano se asombra de que los filósofos del número, más bien que los de la palabra, hayan sido los descubridores del alma y su inmortalidad. Por lo menos la descubrieron antes, y no se sabe si los de la palabra hubieran llegado a descubrirla. Tal vez el sustancialismo de estos últimos se lo impedía. El aristotelismo vence al pitagorismo, y este último renace (como en metempsicosis) en otros pensamientos, como en el de Spinoza, pero de manera muy débil, como sin fuerza suficiente. «Sólo Leibniz, el filósofo de tan singular figura y puesto en la historia, realizará la gloriosa hazaña de reconciliarle con su contrario».³³ Pero los pitagóricos vuelven a triunfar también en Galileo;

31 J. F. Ortega Muñoz, *loc. cit.*, p. 201.

32 M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 89.

33 *Ibid.*, p. 91.

victoria inesperada, cuando ya estaban vencidos y casi desaparecidos, pues sólo se los encontraba en los cenáculos de ciertos iniciados.

Cabe preguntarse por la relación del número con la idea o forma. Sin duda alguna, el número es la primera expresión de la forma. Los números pitagóricos son los antecedentes de las Ideas platónicas, e incluso son la última formulación de las mismas en la Academia, cuando al final de la vida de Platón, y, sobre todo, con Espeusipo, se ven las formas o ideas como números, según lo atestigua Aristóteles en el libro I de la *Metafísica*. «Los objetos de la matemática, números y formas geométricas, son los antepasados inmediatos de las 'ideas'; hijos directos de la mirada que contempla y no de la palabra que interroga; las ideas como números, última fase del pensamiento platónico, es una retroacción –'reminiscencia'– de su nacimiento; de la función de la idea cuando aún no había 'idea'». ³⁴

Hemos dicho que Zambrano ve su pitagorismo sobre todo como descenso a los infiernos. Pues bien, según esta escuela, «el alma verifica un doble viaje; el descenso a lo que los pitagóricos llamarán 'infierno terrestre', esta vida de la que habrá que hacerse cargo en sus dos vertientes o abismos: muerte y tiempo. Mientras que el recuerdo del origen y el anhelo la llevarán aun antes de emprender la partida a recorrer por adelantado el espacio ultraterrestre. Todo ello es historia; estar en posesión de un alma es tener que asumir la historia –la propia–, el tiempo, la muerte». ³⁵ En esos viajes se da el gemido del dolor. «Pero los pitagóricos no avanzarán hasta la tragedia, pues en ella se resuelve en un 'instante' decisivo el conflicto. Y en ella todo queda dicho. Se mantendrán, por el contrario, fieles a lo indecible; la voz, el gemido, antes que buscar articularse en palabra será moldeada, modelada por el número. La palabra siempre precipita el tiempo, la música lo obedece con cierto engaño, pues va en busca del éxtasis». ³⁶ Por eso no llegaron a la tragedia; se quedaron en la música, que es una expresión del dolor que es anterior a ella (según la conocida tesis de Nietzsche). Seguidores de Orfeo, los pitagóricos trataban de transformar, con la música, el gemido de dolor en dulce melodía; tenía que ser reducido, proporcionalmente, a la armonía.

Donde María Zambrano ve un problema para los pitagóricos es en su idea de hombre. El alma, según decía ya el orfismo, está encerrada en el cuerpo como en una cárcel o como en una tumba. Además, toda alma tiene una imagen, o la suscita: un *eidolon* o ídolo, una sombra. «La sombra era una proyección del cuerpo, sobre quien la arrojaba. En el habla popular, surgiendo de una memoria

³⁴ *Ibid.*, p. 100. Cf. Aristóteles, *Metaphysica*, A, 6, 987b28-998a1 y 9, 992a33 ss.

³⁵ M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, p. 105.

³⁶ *Ibid.*, p. 108.

milenaria, 'la sombra' aparece en diferentes expresiones; las más concretas y cargadas de sentido son esas que el pueblo andaluz dice con categoría de dictamen definitivo sobre alguien: 'tiene buena sombra' o 'tiene mala sombra'; después de eso no hay más que hablar, se ha cerrado el debate, no hay alegato posible. 'Sombra' que, claro está, no es la arrojada por el cuerpo; es otra sombra que nace de algún misterioso lugar que no es centro de la persona». ³⁷ Así, la sombra, algo material pero sutil, era lo más peculiar de alguien, venía a ser el principio de individuación de cada quien.

Tuvieron que poner, los pitagóricos, la sombra o imagencilla (*eidolon* = ídolo) como algo intermedio entre el alma y el cuerpo, que les sirviera de intermediario. Entidad mediadora, era por lo menos algo que mitigaba el dualismo tan fuerte de Platón, o el que se daría en Descartes, quien creyó encontrar en la glándula pineal la mediación entre el alma y el cuerpo, debido a que era donde supuestamente se volvía más sutil la sangre. En cambio, los pitagóricos trataron de buscar una mediación, con ese espíritu de proporcionalidad y de armonía que lleva a la fusión de los contrarios, o al menos a que ellos se toquen. Y con eso solucionaban tan grande problema.

Se ve, pues, que la actitud proporcional, armónica, de la analogía, sirvió a los pitagóricos –en la versión de María Zambrano– para salvar la contradicción, al menos para mitigarla, para acercar los opuestos, o tratar de reconciliarlos mediante una mediación y, sobre todo, por la conservación de ambos gracias a la tensión dinámica habida entre los dos, de manera que el uno viviera por virtud del otro. Que vivieran por la tensión de ambos; e, incluso, que vivieran en la tensión, que la habitaran. Tal es el espíritu de la analogía, que hace vivir en la tensión de las cosas que se oponen, que hace habitar en el límite donde se tocan; que hace que confluyan e incluso que se co-impliquen.

III. CONCLUSIÓN

Los pitagóricos, que son los descubridores de la analogía o proporcionalidad, muy vinculada a las matemáticas (aritmética, geometría y música), tuvieron un entorno vital y cultural muy especial. Vinculados con los órficos, de manera que fueron conocidos incluso como órfico-pitagóricos, centraron todo en el número y la armonía.

María Zambrano tuvo de ellos una idea muy alta, considerándolos como aquellos que hicieron la transición de la religión a la filosofía, o del mito al *logos*. Pero estuvieron del lado del número, más que de la palabra, de la música más que de la voz. Además, se quedaron más del lado de la religión y del mito, que de

³⁷ *Ibid.*, p. 115.

la razón y de la ciencia. Por eso no pudieron llevar a cabo propia y plenamente la filosofía. Y por eso fueron desdeñados por Aristóteles. Él los venció, con su humanismo y su objetivismo. Pero ellos han renacido continuamente, hablando incluso a través de muchas de las nociones aristotélicas; y, paradójicamente, en la modernidad triunfaron sobre el aristotelismo, en todos los frentes, tanto filosóficos como científicos, allí está el matematicismo de Galileo, Spinoza y Leibniz. Paradójica situación, en la que los vencidos vencieron a su vencedor, pero estaban ya tan olvidados, que cobraron un triunfo anónimo, desconocidos e ignorados.

Mauricio Beuchot es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México e investigador en el Centro de Estudios Clásicos (Instituto de Investigaciones Filológicas) de dicha universidad. Recientemente ha publicado *La hermenéutica en la Edad Media* (México: UNAM, 2002) y *Hermenéutica, analogía y símbolo* (Barcelona: Herder, 2004).

Dirección Postal: Apartado postal 23-161, Xochimilco, 16000 México, D.F. (MÉXICO)
E-mail: hardie@servidor.unam.mx